

Don Servando dió un codazo á Boltaña, diciendo:—“¡Qué idilio!”—Y el hípico se encogió de hombros, con desdén de persona superior á ciertas debilidades:—“Lo de siempre... lo de siempre... Pues Mauricio estaba furioso...”

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
“ALFONSO REYES”  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## V

## LA OPINIÓN DE LAS TRUFAS

AL salir del hotel Colmenar y don Servando, el político de fuste y el agente subalterno, anverso y reverso de la medalla española, comentaron á su sabor, con libertad y malicia—según piadosa costumbre social,—no sólo la actitud de la pareja Lobatilla, sino el estado presente de la egregia casa donde acababan de refocilarse. Serían próximamente las tres y media, y á tales horas, en una ciudad como San Sebastián, no es fácil encontrar empleo al tiempo; pero Tranquilo, que no olvidaba los consejos de su médico Sánchez del Abrojo y tenía particular interés en conservarse como una manzana, propuso al gentilhombre un paseito higiénico, cara á Miramar. Aceptó el palaciego, y pegaron la hebra, don Servando con optimistas apreciaciones, Colmenar con ensañamiento—lo cual se explica teniendo en cuenta que este último es dispéptico, y don Servando, con tal que la comida sea fina y selecta, goza de una beata digestión.

33697

—Le digo á usted que viven de milagro, que están arruinados, que todo eso pega cualquier día un estallido—repetía con acre fruición Colmenar.—¡Nuestra aristocracia! Vanistorio y *tronitis*..... Nada, uno menos.

—¡Por Dios! objetó Tranquilo.—No diré que estén boyantes; pero con las migajas y las rebañaduras de estas grandes familias históricas, se podría redondear un burgués como nosotros. Cuando están hundidos, les queda para deslumbrarnos. La casa de la Sagrada tiene entretelas.

Hizo un gesto Colmenar al oírse llamar burgués. Había tomado por lo serio lo de su punzón y su cargo palatino, y no podía perdonar á la gente de sangre azul que lo echase á risa.

—¿Dónde están esas entretelas?—exclamó.—Las deudas mansas, que son las peores, se han ido comiendo la enjundia. Estas casas se parecen á los mueblárganos antiguos, que á primera vista imponen con sus dorados y sus incrustaciones y sus herrajes; los registra usted.... vacíos; polilla y cucarachas. Bobería, don Servando; desde la desvinculación..... A bien que Lobatilla no tiene hijos, y Gentileza..... me parece á mí que no se precipitará al abismo del matrimonio, ¿eh? Así y todo, más va á durar el día que la romería. Hemos de verles solicitando una administración ajena por no saber administrar lo propio..... Hace cuatro generaciones que cada Duque de la Sagrada se esmera en ir royendo el caudal un poco más que su antecesor. Viene el abuelo de don Gaspar, y, enfer-

mo de mal de piedra, se gasta un caudal en una residencia *princiére*, la Chopera, que, como no está á orillas del mar, ni en las provincias del Norte, no fue del gusto de los descendientes, quienes primero la hipotecaron y después por un plato de lentejas la vendieron. Sigue el tío de don Gaspar, metiéndose en no sé qué negocio de minas y de Sociedades anónimas..... cosas que él no entendía....., y de ahí viene la grieta magna del edificio.—El padre de don Gaspar, don Pedro Noroña, ya lo recogió cuarteado..... y con su tino para rodearse y aconsejarse de los mayores pillos de España y arrabales, lo puso en situación de que lo derribasen por orden del Ayuntamiento! Y por si se necesitaba el último golpe de la demoledora piqueta..... entraron en escena mi señor don Gaspar y su consorte la difunta señora Condesa de Lobatilla..... Dos pies para un banco. Nunca supieron privarse de un capricho. Ella, con su afición á aplastar á las otras devotas costeando fundaciones y obras de beneficencia; él, con sus exigencias de vida regalona, la mesa de Lúculo á diario..... Como decía quien yo me sé (esta fórmula era la que usaba Colmenar para atribuir á Alfonso XII frases más ó menos auténticas): “Gaspar no le hace gatupeños á Serafina, porque nunca ha tropezado con una cocinera francesa.....”

—Pero, amigo Colmenar—dijo sonriendo el personaje—si las cosas fuesen como usted las pinta, en San Bernardino habitaría ya don Gaspar, no en su palacio de Madrid ni en su hotel

de aquí. Yo veo que gasta, que triunfa y que nos da unos almuerzos de patente...

Hizo Colmenar un guiño plebeyo y bajuno, reminiscencia quizás de sus tiempos horteriles, y castañeteó los dedos.

—¡Vaya un milagro! Don Servando..... V. se hace el inocente con mucha sal. Como si no supiésemos..... En primer lugar, la munificencia de la *Señora* sacó de un atroz pantano al Duque, en París, poco antes de la Restauración.... Allí hubo de conocerle, acosado, acosadísimo..... Después, vinieron las ollas de Egipto, la tutela de dos capitalazos: el de Pedro Niño de Guzmán, y ahora el de Rafaela Serriño. Este sobre todo..... Ni él ni ella van á exigirle cuentas al tío, y aunque se las exigiesen, al que no tiene..... ¿Pues se figura usted que lo que puede quedarle á la casa de la Sagrada alcanzaría para tres meses de la vidita que llevan? ¿Y dónde me deja usted los pingos de Bernarda, el jugar desenfrenado de Lobatilla á fin de satisfacer los antojos de su esposa? ¿Que pueden con eso.....? ¡Pamplina para los canarios!

—No me resuelvo á creer que el Duque abuse así de sus pupilos..... Es usted una lengua viperina, Colmenar.

—Pues usted se encargará de descifrar el enigma.....—replicó él, sonriendo como si le dirigiesen un elogio.— Son habas contadas. Diez ó doce mil duros anuales que conserven, no llegan ni para intereses de hipotecas y préstamos..... Pero ahí estaban las viñitas de Jerez del sobrino, las dehesas extremeñas y los oli-

vares cordobeses y el papel del exterior y las inscripciones en el gran libro de la sobrina..... y á vivir. ¡Y si le hubiese salido la martingala de la boda de Mauricio.....! Entonces la casa se rehacía.....

—Indudable, indudable..... ¡Lástima de negocio! En aquella ocasión fui yo el paño de lágrimas del Duque. Estaba lo que se dice afligido, achicado, cosa rara en él. Había acariciado el sueño de que Mauricio, con su buena facha..... porque no hemos de negarlo, ¿eh? Arrogante mozo, eso sí.....

—Pero de aquí, ni chispa—objetó Colmenar, tocándose la frente.

—¡Bah! Tratándose de bodas..... Ha sido un contratiempo; porque Rafaela Serriño, que si por su madre es una Mendoza, por su padre no tiene más cuarteles que el de la Montaña, está al frente de un capital de millones: Serriño fue laborioso y afortunado..... ¡Ese había nacido para negociante! Arcangelita ponía el guano, Mauricio los blasones..... Una combinación. Y ella, según decían, prendadísima de Mauricio. Pero Mauricio se empeñó en dar su blanca mano á Bernarda Zárate. Lo comprendo! Bernarda es monísima. ¡Aquel gancho! ¡Aquella manera de trastear.....!

—Sí, sí—apoyó el gentilhomme con entonación sardónica.—En el pecado va la penitencia. ¡Buena alhaja la tal Nardita!

—¡Todo lo ha de ver usted negro! ¿Qué hace de malo Narda? Arrullarse con su esposo..... ¡Si eso no es santo.....!

Volvióse Colmenar de frente á don Servando, posición en la cual su hábito impuro parecía una especie de símbolo, el olor que despidе la sentina de la maledicencia. Don Fernando se colocó prudentemente de perfil, mientras el agente desfogaba.

—Tortolear con su esposo y *timarse* con los que no lo son. Si le parece á usted diremos, en vez de *timarse*, *flirtear*. Una palabrita inglesa dulcifica lo más agrio. Los tortoleos con el marido, no desconozcamos que son inconvenientes... Dicen en Méjico: *herradura que chacolotea, clavo le falta*.... A Nardita le faltan todos los clavos. ¡Se caerá! Usted cree que son tan tontos Manolito Lanzafuerte, Tomás Garcilaso, Fadrique las Navas, Inigo Santa Elvira y otros caballeritos que forman la corte de la Lobatilla? No van á humo de pajas, no. En Madrid le han puesto á Nardita *señá Bernarda la castañera*, porque dicen que dió la castaña á dos ó tres que ya se juzgaban dueños del campo; pero el oficio de vender castañas es peligrosillo; el mejor día se abrasa los dedos.... ¡Já, já! Y si tanto quiere á su marido la Bernardita, ¿por qué anda siempre rodeada de un zaguante? Ni crea usted que Mauricio vive en paz. ¿Ha oído usted lo de los blancos en el tiro? Es una cabeza ligerilla... Ya lo saben en Palacio! —Cuando Colmenar decía “Ya lo saben en Palacio”, era como si dijese “Está escrito en el Evangelio”.

—Lo que noto—respondió don Servando—es que el pobre Duque ha dado un bajón. El diez

veces siete le pesa. Le falta aquel *esprit*, aquella chispa á que estábamos habituados. Gentileza ahora dice más ingeniosidades que él....

—Nada, que desde la boda se ha puesto muy pachucho. Y ahora debe de acosarle otra preocupación: si Gelita se casa y recoge sus caudales, ¿á que se agarra el Duque? Por algo le digo á usted que eso va á estallar. ¡Y á mí que se me ha puesto entre ceja y ceja que el inglés recogerá lo que Mauricio desechó y pretenderá la blanca mano de Gelita! Me alegraré; porque esa explotación es indigna, francamente. ¡Comerse á su pupila, ahí tiene usted el oficio del noble Duque! A bien que está amagado: la naturaleza, que es muy sabia, le avisa, y él haciéndose el desentendido.... ¿Y sabe usted lo gracioso? Pues tiene un miedo cruel á morir.... Delante de él no se puede hablar de nada que huela á difunto.... No acompaña un entierro, no hace una visita de pésame, no oye una misa de cuerpo presente así lo emplumen.... Cree que escondiendo bajo el ala la cabeza, como hacen los avestruces, no le verá la muerte.... Y no es sólo á la muerte á quien teme, sino.... ¡adivíne usted!

Sonrióse don Servando, y deteniéndose para respirar, murmuró con indiferencia:

—¡Pts! ¿Qué se yo? Según usted, á los acreedores....

—¡Quíá! no es eso.... Agárrese usted: ¡el miedo del Duque de la Sagrada es.... al infierno! ¡Al mismo infierno de los condenados!

Don Servando soltó la carcajada.... ¡Hom-

bre, no! Bromas de aquel famoso de Colmenar.....

—Tan cierto como que estamos aquí.....— repitió el gentilhombre...—Haga usted alguna alusión á las calderas de Pedro Botero, y le verá demudarse.....

El político encontró que el tal miedo era "un sainete"; Colmenar siguió burlándose de él largo rato. La sabrosa conversación les había llevado sin sentirlo bastante lejos del centro, á una barriada humilde; á la puerta de modesta casita divisaron buen golpe de gente del pueblo, los hombres con la boina en la mano, las mujeres compungidas, graves y respetuosas. Antes que los dos comensales del Duque de la Sagrada pudiesen abrirse paso, salió de la casa lo que explicaba el grupo: un acólito agitando la campanilla, un sacerdote revestido, apretando contra el pecho la Forma. El concurso hincó rodilla en tierra, y al punto le imitaron el político y el gentilhombre. Formóse después el acompañamiento que había de escoltar al Santo de los Santos, pero entónces los dos burgueses se apartaron de la plebe: sin previa consulta sabían que si entraba en su programa saludar á Jesucristo, no así seguirle á pie hasta la iglesia. Y el Viático emprendió la vuelta carretera abajo, oyéndose, en la hermosa paz de la tarde, un comprimido murmullo de oraciones y el ligero claqueo de las alpargatas de los pescadores, carreteros, bañeros y sardineros—que no querían apartarse del Señor. Colmenar y Tranquilo prosiguieron su paseo, al cual con-

vidaba la hermosura de la tarde, velada de gris—el tiempo más lindo del Norte;—sólo que, como suele suceder, la impensada interrupción había desviado el curso de la plática. Trataban ahora de asuntos más generales y de más alto vuelo: de política. Colmenar rabiaba por echarlas de enterado, y lo estaba en efecto, si bien no tanto como pretendía demostrar. Tranquilo, al contrario, afectaba cierta reserva, que siempre sienta bien en un alto personaje, aun cuando sólo pueda reservar nada entre dos platos.

—¡Qué caramba!—exclamaba el palaciego.—No sé cómo viven ustedes tan confiados. El horizonte es color de tinta china..... La aparente tranquilidad de España es engañosa, la aparente prosperidad, engañosísima; las economías, un mito; el orden, mito y medio... En realidad estamos mal, muy mal, y al menor soplo de aire se lo lleva todo la trampa. En Palacio.....

—¡Déjeme de Palacio!—murmuró don Servando algo impaciente.—¿Qué dice usted? ¿Que aquí hay cuestiones, problemas, amenazas, puntos negros? ¡Eso pasa en todas partes! No sé de ningún país que lo haya resuelto todo por ensalmo. Las demás naciones ¿no tienen sus jaquecas? ¿Qué me dice usted de Francia, con su Panamá y su desdichadísimo Tonkin? ¿Cree usted que á Inglaterra no le escuece Egipto? ¿Pues y los italianos en Abisinia y Turquía con Creta? El hueso de las colonias lo han de roer todos.

—A nosotros nos va á costar la dentadura—objetó Colmenar.— ¡Y es por cobardes, por

apocados! ¡Por lo que hemos degenerado, porque no hay sangre!—*Este hombre...* y la manera de pronunciar la frase indicaba que no era necesario añadir otra designación para saber de quién se trataba—está engreído, está ciego, no ve más allá de su voluntad omnívota.... Por sus pasteladas con los Estados Unidos, nos va á dejar en una vergüenza. ¿Por qué no declara la guerra enseguida? ¡Parece mentira que seamos españoles! Ya vería usted donde se esconderían esos tocineros si tosiésemos gordo.... ¡Una gente que no sabe lo que es un cañón ni un barco de guerra! Pero *este hombre*, á trueque de seguir ejerciendo el verdadero poder absoluto,—porque aquí, ante su soberbia y su altanería, parece que no hay más Roque ni más Rey.....

—Eche usted por esa boca—repuso don Servando, enarcando resignadamente las cejas.—Así como así, la retahíla me la sé de memoria. Que es un tal y un cual, y un esto, y un aquello; que no se le puede sufrir, que nos tiene aherrojados, que aquí no se respira ni se estornuda sin su permiso. Bueno, hombre, bueno. Chiquillos que se quejan del ayo, estudiantes que reniegan del profesor..... Bonita estaría esta tribu á no ser por él..... tribu, sí, con pretensiones..... como dijo no sé quién..... No permita Dios que suceda, pero si sucediese que ahora, al volver á San Sebastián, oyésemos vocear un extraordinario con la noticia de que le ha dado una congestión, verbi gracia..... ¡trate usted de figurarse lo que iba á pasar aquí!

—No pasaría nada.... Descansaríamos en paz. ¡Afuera la gran rémora! Mire usted que yo tengo olfato, y al fin, al fin, sabe uno muchas cosas..... Usted, naturalmente: la querencia..... Es como la porfía de antes; defender á nuestra aristocracia, sostener que no está podrida y llamada á desaparecer..... á hundirse para siempre!

Empezaba á caer la tarde, y los resplandores de fuego del Poniente recortaban sobre su ardiente fondo la mole del Palacio que allá á lo lejos se descubría. Don Servando se detuvo un momento, pensativo.

—No hay cosa que no se hunda alguna vez.... Hoy la nobleza y las más históricas instituciones, mañana será la burguesía, ó el ejército, ó las dos cosas juntas... Y todo cae, y todo vuelve, al cabo de mucho tiempo..... Lo único indiscutible es que la Sagrada nos ha dado un almuerzo de p y p.... Volvámonos, que ya pronto anochecerá.

VI

LOS POR QUÉS DE ARCÁNGELA

SOLA en su cuarto, Rafaela Seriñó fue á sentarse junto á la ventana, desde donde se veía la graciosa ensenada y el enhiesto y pintoresco monte que la cierra, frente á la cortadura de la Concha. Su mirada, al fijarse en un cuadro tan conocido que ya no la impresionaba por hermoso, tenía la vaguedad y la abstracción del que contempla dentro de sí mismo. Y, efectivamente, el alma de Rafaela ofrecía entonces, para la propia Rafaela, algo en qué recrearse, más bello que ningún paisaje, aunque lo bañase la luz entre rosada y cenicienta de una tarde tan dulce, que siendo todavía de verano, parecía de otoño.

Apoyando la cabeza en el respaldo de la mecedora, cruzando las manos como para sujetarse el corazón, Rafaela decía entre sí: "De esta vez... me parece que se ha roto el hielo." Y el descubrimiento del vasto mundo sentimental, que suele causar sobresalto, en Rafaela sólo

determinaba, en aquel instante, infinita alegría. ¿No deseaba el momento desde hacía seis años? ¿No solía creer casi imposible que se produjese en ella el misterio divino?

Para explicarse como Rafaela había llegado á aspirar con tanta fuerza, no á ser querida, sino por el contrario, á *querer*, es preciso decir qué serie de circunstancias concurrieron á formar su carácter, influyendo decisivamente en esa vida interior que toda soltera joven se arregla allá en su capilla virginal, el santuario de sus ensueños á la vez puros y ardorosos.....— Rafaela quedóse huérfana á los quince años: su padre y su madre murieron con pocos meses de diferencia, la madre de tifoidea, el padre de un padecimiento crónico del corazón que la pena reveló y condujo á rápido desenlace. Se hizo cargo de la niña su tío y tutor el Duque de la Sagrada: desde el primer día fue cosa resuelta casarla con su primo Mauricio. Los amigos, los mismos criados, el capellán, el médico, el aya, aludían sin rebozo á un suceso que consideraban seguro cuando Rafaela cumplierse la edad adecuada al matrimonio. Prometida Rafaela, á nadie se le ocurrió rondarla, aun cuando sabían que era, no una semi-rica, una millonaria en posesión de sus millones.— Argüiría, por otra parte, necia vanidad el tratar de insinuarse con la futura de Mauricio Lobatilla, el muchacho más guapo, de tipo [más aristocrático, el más interesante y apuesto de la corte. Suplantar á Mauricio en un corazón de diez y seis años, se juzgaba imposible.

A Rafaela los proyectos de boda ni la parecieron bien ni mal, como no nos parece bien ni mal el respirar y vivir—funciones naturales.— No sólo se habituó á pensar que Mauricio sería su esposo, sino muy especialmente á creer que don Gaspar era su padre y Gentileza su hermano. ¡Su hermano del alma!—El generoso corazón de Rafaela se apegó desde el primer día á Borromeo, porque le vió deforme, raro, misántropo, y adivinó exquisitamente cuánto dolor y sensibilidad escondía aquella alma magullada y lacerada. Notó la desavenencia y repulsión de los dos hermanos, y se propuso reconciliarlos y unirlos en la comunión del cariño. Por instintiva delicadeza, manifestó más afecto y expansión que á Mauricio á Borromeo, y consiguió desencojer y calentar el espíritu aterido del contrahecho é infundirle una especie de culto.

Poseyó así Rafaela, en casa del Duque, ese arraigo y bienestar que sólo proceden de lazos de amor atados firmemente, de una comunidad de intereses afectivos. Es costumbre social, y costumbre que tiene su razón de ser, que los prometidos, especialmente si viven bajo el mismo techo, no estén juntos á todas horas, mientras no se fija la época de su enlace. Por esto, y más aún por sus aficiones algo disipadas— Mauricio siempre se inclinó al juego y á ciertas aventurillas—sólo veía á su novia á las horas de almorzar y comer—cuando almorzaba y comía en casa, que era pocas veces.— En cambio, Borromeo, retraído, encerrado, sedentario, allí



estaba siempre, deseoso de la compañía de Rafaela, de charlar con ella, de convertirse en maestro y ayo de la joven: aun cuando no estuviese prometida al mayor, la deformidad del menor eximía esta intimidad de toda sospecha. —No sólo hizo Borrromeo estudiar á Rafaela muchas cosas que las mujeres en general ni de nombre conocen, sino que la prestó libros, la familiarizó con poetas y novelistas del género casto y sentimental,—los más propios para encender la fantasía de una muchacha.—Y estas lecturas de *Promessi sposi*, de *Los amantes de Teruel*, de algunas novelas de *Walter Scott*, de *Fabiola*—fueron como dorada luz que reveló á Rafaela un mundo fértil en maravillosas perspectivas—el mundo del amor. En una mujer pura y vehemente, pueden darse unidas la mayor inocencia y las ilusiones más volcánicas. Lo singular fue que estas ilusiones hicieron erupción en el vacío. No tuvieron á Mauricio ni siquiera por pretexto. ¿En qué se parecía la proyectada boda de Arcángela á aquellas encantadoras historias de los libros? ¿En qué se asemejaba á las inflamadas frases de Diego de Marsilla el protector “Adiós, hija..... Cómo lo pasas, Gelita?” que le dedicaba el futuro á quien veía dos veces por semana?

No había fascinado á Gelita la gallarda estampa de Mauricio. A una virgen—sirámonos de este palabra aunque haga sonreír—no suele cautivarla la belleza física. La impresión de la hermosura, que es ó refinamiento estético ó cálculo de felicidades sensuales, pide cono-

cimiento, malicia, experiencia, egoísmo, una fisiología muy material. Rafaela no estaba versada en arte, era limpia en su pensar como el agua, profundamente romántica en su espíritu. El perfectísimo cuerpo de Mauricio no la subyugaba poco ni mucho. Quizá si Mauricio la hablase de amor ó suspirase bajo su ventana, sería otra cosa. Pero, ¿qué turbación íntima iban á causarles dichos como este: “Que te lloven á ver á los excéntricos musicales del Circo, chica; hay para desternillarse con su orquesta de cacerolas...” ó “Mira, Boltaña te ha visto en el picadero. No te tienes nada bien. A Hidalgo que te dé la jaca cierva, la andaluza, en vez de la torda, y acuérdate que dice Boltaña que vás como un saco.” Rafaela empezó, pues, á vivir en las regiones del sentimiento distanciándose de Mauricio, acercándose á un ser que no existía. Así llegó á cumplir los dieciocho. Un día, Borrromeo, que andaba desde tiempo atrás fosco y de mal humor, hizo una seña á Gelita, se la llevó á su cuarto de estudio, donde por las tardes solían leer y conversar, y soltó á boca de jarro:

—Gelita, prométeme no disgustarte..... Ten valor..... El infame de Mauricio ha tomado otra novia y pretende casarse con ella.

Gelita, sorprendida, pestañeó; viva curiosidad se retrató en su semblante; pero sus mejillas, que la pubertad y el ensueño habían empalidecido suavemente, no perdieron el tono mate; sus ojos no se humedecieron ni se nublaron.

—¿Otra novia?—repitió—Y ¿es guapa?—A las muchachas, indiferentes tal vez á la belleza varonil, las preocupa siempre la femenil.

—Menos que tú,—respondió con apasionada sinceridad Borrromeo.—Es Bernardita Zárate, esa coquetuela, hija de unos tronados....

—¡Nardita! Pues es muy mona, preciosísima; ¿cómo dices que no?—respondió Gelita.—Y además muy *chic*.

—¡Me gusta la flema! Pues en casa no creas que esto se quedará así.... Papá está hecho un león....

Al oír lo del enojo de su tío, Gelita creyóse en el caso de ponerse grave; pero pocos días después, en un pequeño *raout* de los Lanza-fuerte, la casualidad la colocó al lado de Nardita, y ésta, con el expansivo aturdimiento, más que de sus años—ya frisaba en los veintidós,—de su carácter, se confió á su presunta rival, la aturdió con el relato de sus esperanzas y anhelos, se apoderó de ella y la hizo su cómplice desde el primer instante, abusando de esa generosidad caballeresca de la juventud, que se exalta en las cuestiones de sentimiento. Este episodio fue para Narda un derivativo: consagró á la novela ajena el entusiasmo que antes dedicaba á meditar la propia. Apasionóse por los amoríos de Mauricio, los escudó, los amparó, estuvo al corriente de ellos, puesta de acuerdo y secreteando con su ex-novio. Borrromeo, persuadido de que Gelita se sacrificaba, la miraba con mayor adoración y se prometía vengarla de la injusticia. Nardita, maliciosa-

mente, repetía: “Borrromeo está enamorado de tí, monina; no lo dudes.” La casa, durante los dos años que tardó Mauricio en conseguir llevar al altar á la de Zárate, presentó una vida dramática intensa: conspiraciones de Mauricio y su prima, confidencias de ésta á Borrromeo, iras del Duque, sarcasmos de éste á su hijo, escenas penosas que preceden á trascendentales sucesos, tempestades que presagian naufragios. Casóse Mauricio al fin; pero el Duque, pocos días antes de la boda, propuso á Rafaela que los novios se fuesen á vivir en un piso, como pudiesen, “porque aquí, bajo unas tejas, ellos y tú...” Arcángela se abrazó al cuello de su tío.

—Papá—le dijo—no veo razón ninguna para que se vaya nadie, ni los demás, ni yo tampoco. Usted es mi padre, Mauricio y Borrromeo mis hermanos: Bernardita será mi hermana también. No tengo otra familia. Viviremos reunidos, y ya verá usted como hacemos buenas migas.

Realizóse el programa, con alivio y descanso del Duque, que no podía sostener decorosamente fuera de casa á su primogénito. El único que vió el arreglo con insuperable disgusto fue Gentileza. No podía sufrir á Narda y á Mauricio; no comprendía la existencia á su lado; sufría físicamente con verles, con el eco de sus voces frescas y vibrantes y, sobre todo, no concebía la manzana sana al lado de la agusanada; Gelita acompañada por la Lobatilla continuamente. Su imaginación empezó á trabajar for-

jando planes, preparando defensas, organizando el salvamento de Gelita.—Fue entonces cuando ésta, que había llevado tan alegremente la deserción de su prometido, que con tal desprendimiento había renunciado á proyectos que ya podían ser ilusión de felicidad—lícita ilusión—fue entonces, repito, al regresar los novios de su viaje de luna de miel, cuando dió señales de un abatimiento y melancolía que la gente atribuyó á lo que parecía más natural: al desengaño amoroso. Los que están de la parte de afuera difícilmente interpretan ciertas cosas sutiles y delicadas del alma. La complicación de un espíritu fino, sólo puede verse al microscopio. Formóse acerca de Rafaela una leyenda tan verosímil como tosca y burda: la supusieron abandonada, celosa, sentenciada bárbaramente por su tutor al espectáculo de la dicha de dos enamorados á quienes envidiaba.... Y lo que precisamente sucedía á Rafaela era lo contrario: sentimientos los suyos de un orden tan extraño y peregrino, que la confundían como el más raro enigma: ella misma los encontraba enrevesados y peliagudos. Es el caso que, al verse compadecida por todo el mundo, sacó en limpio que había causa para la compasión, y que el no haberse afligido por el desaire de su primo, era indicio clarísimo de insensibilidad, de atrofia, de sequedad afectiva; y recordando la indignación del Duque, asediada por la indignación de Borromeo; notando la mal encubierta indignación de algunas amigas y amigos de la casa, dedujo que, pues

ella no se indignaba á su vez, es que no existían en su alma ciertas cuerdas que debían existir, y que así como otras mujeres son estériles del vientre, ella era estéril y seca del corazón, incapaz de querer, de sufrir, de palpar. El ver á Mauricio tan loco y embriagado en los primeros meses de matrimonio, robusteció esta convicción y acrecentó la pena. No podía dudar del cambio que la pasión había obrado en el joven Conde; no podía desconocer que el mozo calaverilla, soso y frívolo, era ahora otro hombre, más hombre,—un hombre, con un mundo propio suyo, de alegrías y de penas hondas; de penas, porque casi desde el altar nacieron sus ocultos y crueles celos; de alegrías, porque había instantes en que se abolía todo menos la ventura de poseer. Y Gelita, al comprobar en sí misma una indiferencia, ó más bien una repulsión profunda hacia los pretendientes que empezaban á afluir en compacto escuadrón, atraídos por una fortuna magnífica; al notar que se deshojaba la pálida flor de sus sueños y no maduraba el rojo fruto de la realidad, tuvo una crisis de melancolía depresiva, que tomó forma de vaga tristeza religiosa, porque Borromeo, persuadido de que su amiga necesitaba consuelos, la hizo leer libros místicos, y para desviarla de Narda, la impulsó á la devoción. Pensó la pupila del Duque en convento, sin saber en cual—un convento de novela, de los de fuertes rejas y cerrada huerta donde se marchitan las rosas.... Era sin embargo Rafaela un ser fuerte, sano, apegado á la alegría,

y reaccionó humorísticamente contra sí misma, al cabo de un año de postración. Entonces empezó otra etapa: declaróse resuelta á vivir soltera siempre, y se divirtió en asociar á Borromeo á sus egoistas planes.

—Tú y yo—le decía—cerraremos á papá los ojos, y el día en que nos falte,—que ya empezaremos á ser talludos,—construiremos un hotel y allí nos meteremos; ¡tú harás el plano! Nos daremos vida de príncipes. No nos faltarán nuestros viajecitos por el extranjero. Como tú eres tan instruído, me explicarás lo que yo no comprenda. Pasaremos meses en el campo, en un país de clima á propósito para tí, y allí fundaremos una casa-asilo para los niños huérfanos. Haremos bien al prójimo, para que Dios tolere que nos lo hagamos á nosotros mismos. Nos pondrán en solfa. Bueno. ¿Qué nos importa? A mí me dan broma contigo, Borromeo... ¿y sabes lo que se me ocurre contestar? Que ojalá fuese cierto que yo pudiese quererte á tí..... ó á otro. Pero este corazón se ha momificado. Mira, realmente ¡mejor! El querer da disgustos.....

Estas frases, que pronunciadas por una niña de diecinueve años, hacían sonreír, empezaron á tener seria significación cuando las dijo una mujer de veinticuatro, en quien la madurez empezaba ya á notarse en los rasgos de la fisonomía. No obstante, Borromeo, desesperado, observaba que Narda, poco á poco, adquiriría sobre Gelita cierto ascendiente, y que eran inseparables. Aturdida por la bulliciosa atmósfera,

que creaba su amiga, Gelita la acompañaba: no acertaba á separarse de ella. ¡Peligro inmenso! Gentileza, preocupadísimo, empezó á tramar una intriga, basada en la correspondencia que activamente sostenía con Pedro Niño de Guzmán. A cada nueva carta, las misteriosas esperanzas de Borromeo crecían, se precisaban y definían con el relieve de lo probable. Rafaela, á su vez, empezaba á dar consistencia al ensueño. Aquel galán que tan discreto ponía la pluma, que tan bien razonaba, que tantas cualidades revelaba en las páginas de su epistolario, iba infiltrándose en su fantasía ansiosa de ventura. El ideal difuso de los diez y seis años adquiría contornos, se encarnaba la esperanza mesiánica de la mujer. Lo más peligroso y seductor para Rafaela era no saber cómo tenía la cara el Niño:—así le llamaban Borromeo y ella en sus coloquios.—Pedro, ó por descuido ó por esa repugnancia á retratarse que algunas personas sienten, no quería enviar una fotografía á Borromeo, que se la pedía con reiteradas instancias. No hay nada más temible, para los espiritualistas, que ver ó creer ver la faz de un espíritu sin conocer la forma de un cuerpo. En una mujer secretamente tan exaltada como Rafaela, el sortilegio de la correspondencia tenía que ser invencible. Por eso,—al saber que Pedro llegaba, que le había visto en la estación hacía poco, sin conocerle, Rafaela se oprimió el pecho murando: “Ahora sí.....”